



**Consejo General
de Hermandades y Cofradías
de la Ciudad de Sevilla**

Pregón

Semana Santa 1984

Vicente Acosta Domínguez

**Pregón de la Semana Santa
Sevilla
8 de abril de 1984
Vicente Acosta Domínguez**



iiS EVILLA!! Quiero que sea tu nombre, el que rompa el silencio expectante de este teatro, y expandiéndose a través de las ondas, se llenen de él, los Cielos y la Tierra.



EXCELENTÍSIMO SR. ARZOBISPO DE SEVILLA

Excelentísimo Sr. Alcalde. de la Ciudad;

Excelentísimos e Ilustrísimos señores;

Ilustrísimo señor Presidente del Consejo General de Hermandades y Cofradías.

SEÑORAS Y SEÑORES: Hermanos de esa única Hermandad, que quisiera formásemos hoy todos los aquí presentes y aquellos otros a quienes lleguen mis palabras.

Agradezco de todo corazón al ilustrísimo señor Teniente de Alcalde Delegado de Fiestas Mayores la presentación que ha hecho de mi persona. De la que se deduce, pese a sus buenos deseos y benévolas palabras, no ser yo el más indicado para ocupar hoy esta tribuna. Nunca había pasado por mi mente tal posibilidad; por ello, el honor que tal hecho confiere está oculto en mi alma, bajo el peso de una enorme responsabilidad.

Para estar hoy aquí, no puedo presentaros otra credencial que la de haber entregado mi vida a mi profesión, a mi Hermandad, y al cultivo de esa delicada flor, que se llama amistad. Soy un hombre curtido en su trabajo profesional, y con él, en el trato con los hombres y mujeres que son mis conciudadanos; a cuya amistad y confianza debo cuanto pueda valer mi persona.

Por eso, lamento no poseer el don de la poesía, ni siquiera el de la narrativa, para poder cantaros o describiros las bellezas de nuestra sin par Ciudad. Ciudad tan unida a nuestras Hermandades, que no se concibe la una sin las otras.

He evocado en mi mente rincones de su parque y de sus barrios; antiguas pensiones de estudiantes; charlas de casino; ferias y velás. Amigos que partieron... Y, cuando estos encontrados recuerdos se han mezclado en mi corazón, sólo



acierto a decir:

¡¡GRACIAS SEVILLA!! Por haber permitido que entre los tuyos haya crecido, gozado y sufrido.

¡¡GRACIAS SEVILLA!! Porque en tu tierra tengo mis raíces, ya que mis padres descansan bajo ella.

*Con tó lo que alumbra el sol
la veleta de Santa Ana
la otra tarde la tapó*

Permitidme señores, que, con esta letrilla de soleá, dedique unas palabras a un barrio de esta Ciudad en el que me encuentro profundamente enraizado, al que quiero con toda mi alma y al que estaré eternamente agradecido.

¡¡SEVILLA!! Cada mañana doy gracias a Dios, porque abro mis ojos a la luz de uno de tus barrios más nombrados y discutidos. Que te mimas desde la otra orilla del río y te guarda desde las entradas de sus puentes.

¡¡TRIANA!! Ese barrio noble y generoso para todos los que llegan a él con el corazón abierto, dispuesto a buscar su espíritu y laboriosidad, y no su folklore.

¡¡TRIANA!! Ese barrio que me acogió entre los suyos y que, al hacerme Presidente de la Junta de su Real Parroquia, firmó mi partida de bautismo en su pila de los gitanos. Confirmando mi fe como trianero, al aceptarme como Hermano Mayor de la Esperanza.

¡¡MI BARRIO!!, señores, es el que, queriendo tanto a su ciudad, obtuvo de ella el título de ser su Guarda. Pero que, junto a él, puede ostentar con legítimo orgullo, el de abuela espiritual de esta Mariana Ciudad de Sevilla, porque, bajo las arcadas góticas de su Real Parroquia, se le da culto a la mismísima abuela de Dios, a la Señora Santa Ana.



AGRADECIMIENTOS

MI MAS PROFUNDO RECONOCIMIENTO al Consejo General de Hermandades y Cofradías por mi designación y por la confianza que ciegamente depositó en mí, y a la que voy a intentar corresponder.

A VOS EXCELENTISIMO SEÑOR ARZOBISPO os deberé eterna gratitud, no sólo por haberme aceptado, sino por vuestra fraterna y a la vez paternal acogida en el día de mi tribulación.

Tal como me pedisteis, voy a abrirme de capa para hablarle, con palabras que me dicte el corazón, a esta parcela de vuestra diócesis, que son las Hermandades y Cofradías y, a toda Sevilla.

Quisiera que llegase a ese corazón, que deja en suspenso nuestro ser, ante el llanto de un recién nacido o el último estertor de un ser querido, y no al que nos mantiene vivos sin notarlo.



DEDICATORIA

MAS ANTES, PERMITIDME QUE DEDIQUE estas palabras a mi querido y respetado señor Cardenal, que siempre me ha distinguido con su amistad. Y, junto a él, a mi esposa, que me ha acompañado en los momentos de euforia y de depresión, que se han alternado en mi ánimo durante estos últimos meses.



MOTIVACIONES DEL NOMBRAMIENTO

Tratando de averiguar cuáles hubieran sido las motivaciones del Consejo General de Hermandades y Cofradías para nominarme, y no logrando encontrar en mí argumentos válidos para ello, decidí buscar por otros derroteros.

Sólo he encontrado el que esa confianza, a que antes he hecho referencia, puede haber sido motivada por un exceso de amistad y un mucho de benevolencia. De lo que sí estoy seguro es de que pondré mi mejor voluntad en salir con bien de este empeño. Y me alienta para ello el pensar que Sevilla, aunque yo la defraudase, seguirá teniendo fe en sus hombres y elegirá de entre ellos, en años venideros, los Pregoneros de su Semana Santa.



ELECCION DEL TEMA

Tras la llamada de felicitación, que trajo consigo el nombramiento, llegaron los consejos; si bien la mayoría de aquéllos, se acompañaban de éstos. Y caí en la cuenta de que, si pudiese redactar cien pregones, no llegaría a satisfacer a los que me habían llamado.

Pensando en ello, algo quedó claro en mi mente. Contadas personas se habían referido a las Hermandades; casi todas me habían hablado de las cofradías, a pesar de ocupar éstas el breve espacio de unas horas, dentro de la intensa vida espiritual que desarrollan aquéllas durante el año. Ahí vislumbré la posibilidad de un tema y a él me aferré.

Creo sinceramente que nuestras Hermandades necesitan ser presentadas de nuevo. Tal cual son. No sólo al pueblo de Sevilla y a muchos de nuestros hermanos; sino a aquellos cristianos que eludan de nuestra identidad e incluso a aquéllos otros que no son nuestros hermanos en la fe.



HERMANDADES DE SEVILLA

PARTAMOS DE UNA BASE CIERTA. Nuestras Hermandades están formadas por personas de toda clase, edad y condición, que se encuentran inmersas en la sociedad en que vivimos. Cristianos de a pie, que pasamos la mayor parte del día dedicados al estudio, al cuidado de hogar o a cumplir con la mejor voluntad nuestras profesiones, sacando horas de nuestro merecido descanso para dedicarlas a ellas. Les entregamos nuestro amor y nuestro apoyo, recibiendo de nuestra devoción a sus sagrados titulares, la fuerza espiritual suficiente para sostener o aumentar nuestra fe y, en ocasiones, para no perderla.

Somos personas corrientes, con más defectos que virtudes; pero con el grave inconveniente de que, si estas últimas existen, quedan como es lógico en el secreto del sumario. Mientras que aquéllas no sólo se computan contra los que las cometen, sino contra la Hermandad a la que pertenecemos. Porque ésta es rápidamente identificada por el escudo que orgullosamente ostentamos en nuestras solapas.

Somos personas que vivimos nuestra vida familiar, en lo que al espíritu se refiere, en el seno de nuestras Hermandades, ya que no podemos olvidar que, aunque se trata de corporaciones seculares, son profundamente eclesiales.

Para hablaros de ellas, he querido espigar, entre la frondosa gavilla que forma, la vida espiritual de las mismas.



RELACIONES ENTRE LA JERARQUIA ECLESIASTICA Y LAS HERMANDADES

En primer lugar, creo necesario aclarar algo que atañe, bajo mi punto de vista, a las relaciones entre la Jerarquía eclesiástica y nuestras Hermandades.

Se lee con cierta frecuencia en la prensa, los desvelos, y ¿por qué no decirlo?, la predilección que tiene nuestro Arzobispo hacia nuestras corporaciones nazarenas. Yo veo lógico que un Prelado, al hacerse cargo de su Diócesis, sabiendo o habiendo oído, que más del cuarenta por ciento de sus diocesanos están censados en nuestras Hermandades, se preocupe de conocerlas, no sólo visitándolas, sino conviviendo con ellas. Lo ilógico sería lo contrario.

Y una vez conocidas, y percatado de su vitalidad, de su necesidad de formación y de su admirable docilidad espiritual, vuelque sobre ellas su interés pastoral, como hizo Pablo en las iglesias de sus Epístolas.

Por tanto, nadie debe pensar, ni hay motivos para ello, que las Hermandades sean o quieran ser, un grupo de élite o unas comunidades distinguidas, dentro de la iglesia de Sevilla. Por contra, las Hermandades son, aunque conservando sus características peculiares, instrumentos de fe al servicio de sus parroquias, y firmes apoyos para la iglesia diocesana.



PODER DE CONVOCATORIA DE LAS HERMANDADES

Dentro de estas relaciones entre Jerarquía y Hermandades, conviene tratar el tema del llamado poder de convocatoria que tienen éstas últimas y que en ocasiones puede ser utilizado por aquélla. Tanto se ha hablado y escrito sobre ese poder, que sería ingenuo pensar que nuestro Prelado no se haya percatado del fenómeno.

En efecto, nuestras Hermandades tienen la virtud de saber congregar alrededor de sus sagradas imágenes, en sus Vía Crucis, en sus Cabildos, y en actos como el que ahora nos ocupa, un gran número de devotos, de hermanos, e incluso de curiosos. Pero al mismo tiempo, los que las integramos también tenemos una gran tendencia a la dispersión. No sé si por nuestra idiosincrasia o si porque los hombres que nos relevamos, de tiempo en tiempo, al frente de ellas, no sabemos dar a nuestros hermanos, aquello que sus espíritus afanosamente buscan, o porque los repelemos con nuestra forma de proceder.

Yo he pensado muchas veces, en la soledad de mi capilla, en esta doble característica de nuestras Hermandades. Para explicármela y poder explicársela a vosotros, no he encontrado un símil más claro que el del juego que tuve en mi niñez. Sin que la invocación de este ejemplo deba ser tomado por nadie como la más mínima crítica hacia nuestras Hermandades, a las que respeto y amo con toda mi alma y por eso reclamo para ellas el máximo de cuidado e interés en su dirección.

El juego a que he hecho referencia lo componía una cajita de madera de forma rectangular y poca altura; una de cuyas caras era de cristal. A través de ella, se veía el suelo, que estaba pintado de un color azul intenso, representando el



Océano Atlántico. A uno y otro lado, resaltaban, en un llamativo color verde, las costas de España y de América del Sur. Sobre estos mapas, pequeños agujeros señalaban la ruta de aquel gran raid aéreo que fue el vuelo del Plus Ultra. En un rincón de la cajita, una bola de mercurio, coherente y brillante, esperaba para ser usada. Esta bola, disgregándola con cuidado, iba rellenando de pequeños fragmentos tan resplandecientes como ella, los agujeritos que marcaban el itinerario.

El juego tenía sus dificultades, tantas, que, en ocasiones, mi padre, que contemplaba complacido mi esfuerzo, cuando veía que más que para mi sosiego y formación, podía servir para alterar mi espíritu, sin quitármela de la mano, apoyando paternalmente las suyas sobre las mías, imprimía en ellas un delicado pero firme impulso, ayudándome a salir con bien de mi empeño, con gran contento de mi madre y hermanas; es decir, de toda la familia.

Excelentísimo señor; Cambiad ese mapa por un plano de Sevilla, y procurad ser para nuestras Hermandades esa mano paternal, que sin restar a ninguna de ellas la autonomía y diversidad que les dan sus Reglas, sepan ser, bajo vuestro delicado, pero firme impulso, Foco coherente y luminoso de la fe en Cristo, a la vez que pequeñas iluminarias que sigan irradiando esa misma fe en aquel punto del plano donde, por la gracia de Dios, se encuentren ubicadas.

Pido a Dios que conceda a vuestra excelencia la llave de las Hermandades de Sevilla. Esa llave que haga saltar el resorte por el que sin perder cada una su personalidad, condense toda la fuerza espiritual que respectivamente encierran, para irradiarla hacia el prójimo. De tal manera, que sirvan para mayor gloria de Dios, honra de nuestra iglesia diocesana y, sobre todo, para beneficio de nuestra ciudad, que tanto nos da y tan poco nos pide.



EL LIBRO DE REGLAS DE LAS HERMANDADES

Antes he hecho referencia al Libro de Reglas. Ese bendito Libro de Reglas, fundacional, que ha permitido sobrevivir a muchas de nuestras Hermandades entre las convulsiones sociales, e incluso religiosas, a través de los siglos.

Para algunos, posiblemente resulten arcaicos, como dicen que es la tortuga. Pero nuestros Libros de Reglas no tienen de arcaicos más que la dureza de sus pastas. Porque, al igual que la tortuga con la que se compara, encierran, bajo su dureza, un rico manjar espiritual y unos mandatos sencillos de cumplir.

Unas Reglas de ese libro, las que hacen referencia a la elección de la Junta de Gobierno, han dado lugar en estos últimos tiempos, a crear en el pueblo fiel, una imagen algo deteriorada de nuestras Hermandades. Imagen que debemos estar prestos a restaurar. Las Hermandades de Sevilla han estado realizándolas a través de los siglos, según sus simplificadas Reglas y de acuerdo con un gran sentido eclesial, tan arraigado en ellas, a pesar de estar regidas por seglares. De otra parte, éstas siempre han buscado para ser regidas, hombres conscientes de la responsabilidad del cargo, antes que de la lógica satisfacción que supone regir durante un cierto tiempo, los destinos de su Hermandad.

Renovemos en buena hora nuestros Libros de Reglas, pero sólo para introducir en ellos todo aquello que se desprenda de su articulado más importante: Dar culto interno y externo a sus sagrados titulares. De ese culto, si es que nos mejora espiritualmente, debe desprenderse la ayuda al prójimo. De otra manera, caeríamos en la sentencia de Cristo: «No todo el que dice, ¡Señor, Señor!, entrará en el Reino de los Cielos».



Por eso deben ir a nuestros Libros de Reglas, en articulados perfectamente definidos: Bolsa asistencial; Becas de estudios; Seminarios de formación; Escuelas profesionales, etc. No hay que preocuparse de que haya o no dinero en el momento de su introducción en ellas. Ya lo habrá. Si no en ese mandato, en el siguiente, o en el de más adelante. Pero estar seguros de que, en un día, más o menos lejano, se hará. Porque, gracias a Dios, los hombres que regimos las Hermandades pasamos, pero sus Reglas y, con ellas, la propia Corporación, seguirán hasta el final de los tiempos.

Quitemos de nuestros Libros de Reglas las hojas muertas que les hemos ido agregando en estos últimos años, después de tantos siglos de vigencia. Casi todas, de derechos sobre esto o lo otro. Y nos encontraremos que las que nos quedan están frescas y aún son válidas para los momentos actuales. Porque fueron redactadas con proyección de infinito, ya que el culto a la Santísima Virgen María y a su Hijo Jesús, verdadero Dios y verdadero Hombre, seguirá vigente por los siglos de los siglos.



CULTO A LA SANTÍSIMA VIRGEN

Uno de los momentos más felices de mi vida fue el día de la entrega de la Bula Pontificia de la coronación canónica de mi Esperanza de Triana. Y uso el posesivo, no porque Ella sea mía, sino porque yo soy todo de Ella.

Mi alegría rebasaba los límites del maravilloso acontecimiento de la Coronación, porque, en las palabras de nuestro arzobispo y en la traducción leída por nuestro Vicario General, se ensalzaba a Santa María la Virgen de forma muy bella, y se nos confirmaba por el Magisterio de la Iglesia, el culto debido a la Santísima Virgen. Es decir, que los sevillanos no estamos locos cuando insistimos en ello. Y si lo estamos, es de locura de amor por la Señora.

Han pasado los tiempos en que a la Santísima Virgen se le atacaba con libelos. Ahora se emplea la sutileza, a la que hay que contestar con la misma moneda.

Lo que voy a contaros no es producto de mi imaginación, sino un hecho cierto, que me sucedió hace poco más de un año y hasta es posible que la otra persona que lo protagonizó, esté escuchando hoy mis palabras.

Lugar del suceso, mi barrio de Triana; sitio, la calle Pagés del Corro, al pie mismo de una tapia que cierra un derribo, en que quisiéramos los trianeros que se abriese una calle, desde donde presentar con orgullo nuestra Real Parroquia; actores del suceso, un muchacho de unos diez años, y yo.

El pequeño me paró para preguntarme: «¿señor, usted cree en Cristo?» De momento me transformé en gallego o, lo que es lo mismo, de demandado en demandante. «Yo sí, ¿y tú?» «Yo también».



Antes de que tomara la iniciativa, volví a preguntarle, «¿quién es Cristo?» «El Hijo de Dios», me respondió. «Y de María», le agregué yo. «No señor; María es su madre adoptiva».

Me hice el sordo y le pregunté dónde había nacido él. «En la Residencia», me contestó. «¡Vaya, te llevó allí la cigüeña!». «No, que me parió mi madre». «Y Cristo, ¿dónde nació?» «En una cueva de Belén» «Seguramente lo llevaron allí los ángeles», le dije. «No señor, que lo parió María».

Me incliné ante él y lo felicité por ser más importante que Cristo. Ante su extrañeza, le expliqué que eso era así porque él conservaba como madre legítima a la mujer que lo había traído al mundo, y sin embargo quitaba ese mismo derecho a Cristo.

Le di un abrazo y me despedí de él. Es necesario tener mucha fe en Cristo para preguntar por El, a un extraño, en la calle. Aunque después le hayan enseñado a quitarle a su Madre.

De esta maternidad de Jesús, Dios y Hombre verdadero, es de donde se desprende los privilegios y el culto debido a la Santísima Virgen.

Afortunadamente, los cofrades sabemos que de nuestro amor a María debe desprenderse el amor al prójimo. Porque si la reconocemos como Madre, ese reconocimiento lleva consigo el de nuestra fraternidad con los que la consideran como tal. Por tanto, no debemos dirigirnos a Ella pensando sólo en nuestros propios intereses; sino en que de su resolución pueda desprenderse la ayuda para los demás. No debemos ser egoístas. Nunca será una Hermandad más Hermandad que cuando la unión y la comprensión reinen entre sus componentes, bajo la complacida mirada de la Virgen de sus amores.

Hay quien pregunta, ¿Para qué tantos nombres de Vírgenes? Virgen no hay más que una. Eso lo sabemos los sevillanos antes de entrar en las Hermandades, y lo continuamos sabiendo después de estar en ellas. Pero en nuestros corazones tenemos necesidad de tenerlas tan al alcance de nuestras manos, que usamos para Ella, los nombres que más nos llenan el alma: Salud, Estrella, Victoria. Concepción, Presentación, Soledad ...

¡Soledad! ¡Qué nombre más sonoro para quien se quedó sola a la muerte



de su Hijo! ¡No te apures, Madre!, que Sevilla te acompaña, Y si nosotros té faltáramos, las viejas piedras de tu barrio de San Lorenzo o las del Convento de San Buenaventura, se transformarían en hijos tuyos.

A veces, los hombres también sentimos la soledad. Desde la muerte de mi madre, nunca me he sentido tan solo como aquella mañana de enero en San Bernardo. A pesar de estar rodeado del cariño de todos sus hermanos.

Tú estabas en tu paso de palio, sobre el suelo del presbiterio, cuando yo llegué. «¡En el trono para recibir al embajador!», me dijo tu Hermano Mayor. Me anonadé.

Entré a rendirte pleitesía por uno de sus costados que, para tal fin, había abierto tus priostes. Al verme a tus plantas, me encontré tan empequeñecido, para la labor encomendada, que la Angustia atenazó mi corazón. Y te pedí me acunaras, en el Refugio de tus brazos, para dejarme morir en ellos, con el nombre de mi Esperanza en los labios. Tu palio ¡Señora!, abierto como la herida del costado de Tu Hijo, fue mi Refugio y me purificó.

Una de las cosas que me resultan molestas por machaconas, es que se me diga por algunos, que parecen haber descubierto el Nuevo Mundo, que Cristo es el Único Mediador entre Dios y los hombres. ¡Como si en las Hermandades no lo supiéramos! Pero éstos que tanto se apoyan en San Pablo, parecen olvidar que en los Evangelios se describe la boda de Caná. Donde María fue la Mediadora entre su Hijo y los hombres.

Yo recuerdo de cuando estaba en el servicio militar, haber tenido un asistente que me duró tres días. Como él estaba recién incorporado, no se atrevió a pedirme permiso. Un día, al llegar a mi casa, mi madre me contó la tragedia familiar del pobre Carlos. ¡Ya conocía hasta el nombre! Inmediatamente, éste se ganó un permiso que le duró el mismo tiempo de mi estancia en el Regimiento. Si eso lo pudo la madre de un alférez, ¿qué no podrá la Madre de Dios?

Y tu Hijo, al nacer, quiso que tu virginidad fuese la Estrella que, desde el Portal de Belén, hasta hoy, guiase a los hombres hacia Él.

Y has conseguido del amor de tu Hijo, que el dolor y la pena se reflejen verdaderamente en el rostro de nuestras Dolorosas, para que los que te amamos



tengamos una somera idea de cómo viviste su Pasión. Y Él, después de concederte el Patrocinio de los hombres, elevó sus ojos al cielo y Expiró, en Triana.

Pero Él también te ha concedido el don de estar en el Cielo y en tu Tierra. Porque ha permitido que una chispa de tu Gracia haya encarnado en los cientos de imágenes de Tu persona que, como faros vigías de nuestra fe, brillen por toda nuestra Andalucía. Desde las serranas ermitas de Sierra Morena hasta las que blanquean los soles de nuestras costas; desde donde nos llega el Rocío de Tu Gracia.

¡Y tú, Señora! ¡Reina de los Reyes! Has inflamado de tal forma el corazón de los sevillanos, que hasta el saludo del arcángel palidece, cuando a veces te aclamamos: ¡SALVE MADRE, EN LA TIERRA DE TUS AMORES!



EL ROSTRO DE CRISTO EN LAS HERMANDADES

EL CRISTO DE LA FE

Durante el año viven las Hermandades, acrecentándose en la fe, con la esperanza de un mundo mejor, y ejercitándose en la caridad. Virtudes que imprimen carácter a éstas, al vivirlas los que las componen. Y que casi les permite contestar al interrogante, que a veces le plantean: Presentar al pueblo fiel el verdadero rostro de Cristo.

¿Pero cuál es el verdadero rostro de Cristo, en nuestras Hermandades? Es lógico pensar que, cuando nos hacen esa pregunta, no se refieren al de nuestros amados titulares.

Por desgracia no podemos decir como Juan: «Yo lo he visto y he conocido su gloria». Tampoco podemos decir: «Señor mío y Dios mío», como elijo Tomás. Porque, aunque momentos antes dudara, le vio en persona, antes y después de su resurrección. A nosotros sólo nos queda el que se desprende de la respuesta que el propio Jesús le dio a ese Apóstol: «Dichosos aquellos que crean en Mí, sin haberme visto». Es decir, el Cristo de la Fe.

La fe, que es creer en lo que no se ve, su de ser representada por una figura con los ojos vendados. La Fe tal como la entendemos en nuestras Hermandades, puede representarse por una figura con los ojos bien abiertos y la boca vendada; lo que es tanto como creer contra toda evidencia, respondiendo, no con palabras sino con hechos, a todo lo que se desprenda de esa creencia.

Yo, particularmente, tengo necesidad de creer, que fueron reales las voces que oyeron los pastores de Belén; y las que escucharon Bernardete y los



pastorcillos de Fátima. Porque, si alguien llegara a hacerme dudar de la realidad de esas voces o de aquella otra que llamó a Francisco de Asís -y se intentó hacerlo- yo tendría que poner en cuarentena la voz que tiró a Saulo de su cabalgadura, que es tanto como destruir los fundamentos de mi fe.

Pero la fe de las Hermandades de Sevilla, en el Cristo de Saulo, en el Cristo resurrecto, no está colgada del vacío. Tiene un contenido. Porque la fe cristiana que se vive en ellas, se centra en la Persona y en la Vida de Cristo. La persona histórica de Jesús está fuera de toda duda, avalada precisamente por los grandes pensadores, que trataron de demostrar lo contrario. Es más, para los que creemos en la realidad histórica de la sábana santa, tenemos hasta la fotografía de su rostro.

En cuanto a su vida, sólo tenemos que leer los Evangelios, para conocerla. Es la vida de un Hombre justo; que explicó su doctrina, obrando de acuerdo con su contenido, y que murió por ella. Pero, además, este Hombre justo afirmó ser el Hijo de Dios. Y nosotros lo creemos porque fue el que dijo con hechos: «¡Levántate y anda!», para que los hombres creyéramos en sus palabras: «¡Te son perdonados tus pecados!». Y antepuso la acción a las palabras, porque sabía que los hombres de todos los tiempos hablaríamos demasiado.

Esa fe debemos vivirla dentro y fuera de las Hermandades, dejándola actuar en todos los actos de nuestra vida, como lo que en realidad es: la mano providente de Dios que nos guía y nos ayuda. Y estaréis todos de acuerdo conmigo en que, de la Providencia de Dios, ningún teólogo sabe más que los Hermanos Mayores, y los Mayordomos de nuestras Hermandades.

Las Hermandades, que viven su fe de esta manera, estallan de júbilo en el día de su Función de Instituto. El día más importante de nuestras Hermandades. Durante esos días, el cielo de nuestra ciudad se puebla con el eco de las voces de los Secretarios, cuando leen la Protestación de Fe, y las de los hermanos que las juran. ¡Protestación de Fe, de las Hermandades de Sevilla! Más valientes que el Credo, más claras que los Concilios y precursoras de Dogmas. ¿Cuándo podremos agregar a ellos, el Dogma de la Mediación de Nuestra Señora?



EL CRISTO DEL REINO

Porque las Hermandades tienen fe, en el Cristo de la Fe, viven con la esperanza de un Mundo mejor.

Así como Jesús, en los comienzos de su vida pública no se apresuró en explicarnos quién era, sí tuvo prisa por anunciarnos su Reino. Y, aunque puso especial empeño en aclararnos que no era de este mundo, con su vida, su muerte y su resurrección, dio lugar a la transformación religiosa y social del mundo de su tiempo. Transformación que se ha ido propagando hasta hoy, a través de los siglos.

Pero ese mundo mejor, debemos ayudar a construirlo aquí y ahora mismo. ¿Qué hacen las Hermandades ante este problema? La respuesta la tenemos en el mismo fin para el que fueron creadas: Dar culto interno y externo a sus sagrados titulares. De esos cultos, que se repiten por nuestra Ciudad, donde quiera haya una Hermandad, y que nos sirven de catequesis, nace y crece nuestra preparación para ayudar a conseguir ese mundo mejor.

Ya sé que algunos de los que me escuchan estarán pensando, incluso en voz alta, que nuestros cultos, convivencias y reuniones, terminan siempre con pescaíto frito. ¡Cuántos roces entre hermanos, e incluso entre Hermandades, no se han limado con ellos! ¡Cuántas necesidades, becas de estudio, problema familiar, etc. han encontrado solución en ellos! ¡Cuántas ilusiones han nacido!

Tan importante fue aquel día, la predicación de Jesús como la multiplicación de los peces y de los panes, para alimentar a sus oyentes. ¿Qué hablarían aquellos comensales, a pesar de hacerlo a palo seco? Seguro que



estarían viendo alborear un mundo mejor, aunque ignoraran la procedencia de su alimento. Estoy seguro de que volvieron a sus casas, algo más tarde que de costumbre, pero no cabe duda de que lo hicieron más esperanzados.

Pues algo así pasa en el seno de nuestras Hermandades, en las que, sin darnos cuenta, a través de los años pasados, asistiendo a sus cultos, a sus conferencias, contemplando cómo se monta un paso, cómo se funde una candelera e incluso barriendo, vamos transformándonos. No en beatos, ¡a Dios gracias!, sino en hombres conscientes de que a este mundo no hemos venido a vegetar, ni para trabajar sólo en nuestro propio provecho.

Aunque sé que tratamos de hacerlo, debemos llegar al convencimiento de que tenemos que repartir felicidad entre los que nos rodean, ayuda moral y material y cuando no tengamos nada que dar, repartamos nuestro buen humor y optimismo. Porque sólo consiguiendo hacer mejores nuestros pequeños mundos, que son nuestras Hermandades, podremos ayudar a conseguir ese mundo mejor para todos que desde los puntos de vista más dispares, deseamos. Pero no nos extrañemos, sólo será verdaderamente mejor, en tanto se parezca al Reino de Dios.

No hace mucho tiempo, me preguntaban si Esperanza es Redención. Hace varios meses, el día anterior a la fiesta de la Expectación, se extrañaba un sacerdote de que le estuviéramos dando culto a una imagen Dolorosa. «Con puñal en el pecho», apostilló. Me limité a contestarle que en Sevilla los besamanos de nuestras Dolorosas son cultos de pleitesía a la Reina de los Cielos. Y que no se preocupara por el puñal, porque éste no llegaba a rozar su encarnadura.

Debí decirle que los hermanos sabemos perfectamente por qué damos esos cultos a nuestras Esperanzas. Y es porque creemos, en que, de la Expectación dolorosa del parto, nació Cristo, nuestro Redentor.

Ese Cristo, que quiere redimir a toda Sevilla, la ha circundado con cinco faros de Esperanza. Dos en Triana, como guardesas de su histórico puente, y tres en la Ciudad, cercanos a sus antiguas puertas:

María Santísima de Gracia y Esperanza, que en su nombre contiene el cántico alegre del saludo angélico.



María Santísima de la O que, en la belleza de su juvenil rostro, expresa la exclamación atónita a la propuesta de Gabriel.

María Santísima de la Esperanza Trinitaria, que, junto a la dulzura de su nombre, une el más ambicioso título recaído sobre mujer. Hija del Padre, Madre del Hijo y Esposa del Espíritu Santo.

María Santísima de la Esperanza Macarena. Tú habrás influido para que yo esté hoy aquí. Estoy seguro. Porque tienes, cerca de Ti, a alguien que te habrá contado un secreto. A mi amigo Pepe Mena.

Un Jueves Santo, por la mañana, fue a Triana a regalarme una saeta. En el coro de la Capilla de los Marineros, mientras la escuchábamos y contemplábamos a la Señora, le pregunté: ¿qué te gustaría que yo le dijese a tu Esperanza? -Lo mismo que yo voy a decirle a la tuya- me respondió.

¡Madre, sálvame! ¡Sé mi Esperanza de salvación! ¡Ya está dicho, Pepe!

¡Y tú mi esperanza! Sólo mía, por unos instantes. Después te la devolveré, Triana.

¿Qué has hecho de mí, que sólo veo por tus ojos? ¿Qué has puesto en mi alma, que sólo vivo para Ti? Sea lo que sea, ¡no me lo quites, no! Pues si llegaras a faltarme, no habrá nada en el mundo para llenar ese hueco. Y yo sería, como canto rodado del monte. Como gota de agua, que se pierde en el mar, o como voz, que no suena en el vacío.

¡Ahí la tienes de nuevo, Triana! Ya es otra vez la Esperanza de Triana. Ya es tuya, y mía.



EL CRISTO DE LA CARIDAD

El Cristo de la Fe, el que nos dejó la esperanza en un mundo mejor, dejó también un mandato: Que nos amáramos unos a los otros. Menos mal que no quiere cobrarnos intereses, por nuestra demora en cumplirlo.

En otra ocasión dijo: Nadie ama más a sus amigos, que aquél que da su vida por ellos. Haz Señor, que todos los que componemos hoy, esta única Hermandad de Sevilla, podamos comprender el sentido de tus palabras.

Tú no pides tanto, ¡Señor! Pero aun en lo poco, no sabemos cómo dártelo. Tal vez, porque confundimos caridad, que es amor, con limosna. Porque cuanto se da, sin entregar con ello parte de nuestro corazón, es limosna, que degrada al que la da y ofende al que la recibe.

Caridad es dar sin pedir nada a cambio. Como hace Tú, ¡Señora del Baratillo!, que nos das Tu amor, aunque no sintamos Piedad, por tantos Cristos yacentes, como hay por este mundo.

La caridad de las Hermandades reviste, o debe revestir, la simplicidad de las cosas que salen del corazón. Es interesarte por el hermano, al que ves preocupado. Es tratar de comprender al que siempre se considera incomprendido. Es ofrecer el corazón para que Dios ilumine al pregonero. Y es, sobre todo, poner en práctica el Padrenuestro. Esa oración condicionada, que sellará nuestro pasaporte final. En el que el visado del Perdón no será colocado, sin los antecedentes de haber perdonado.

Caridad es también la comprensión de unas Hermandades para con otras. Esto lo he vivido con las fraternales Hermandades de la Madrugada que, al igual



que las que conforman los otros días de la Semana Santa, han puesto su fe en las convivencias, que las enriquecen con sus charlas formativas, a la vez que aumentan la confianza entre los hombres que las componen. Durante años, en las convivencias y en las reuniones entre miembros de sus Juntas de Gobierno, se han hecho renunciaciones de horarios y de legítimos privilegios, que pueden considerarse actos de caridad. De estas aceptadas renunciaciones y mutuas comprensiones, ha nacido esa cofradía única de nuestra Madrugada Santa, que tiene, por Cruz de Guía, la del Silencio; y por paso de palio, el de María Santísima de las Angustias.

Esa Rosa de Jericó que, junto a su belleza, pasea por las calles de Sevilla, sus nostalgias trianeras. Llevando bordada, en el techo de su palio, a la Señora Santa Ana. Mientras va camino de San Román, la sigue el eco de una saeta.

Y que Tú, eres rosa temprana.

Hija de Joaquín Ana.

Prima de Santa Isabel.

Llena de gracia. Gitana.



ESA DESCONOCIDA COFRADÍA

Las Hermandades que os he presentado, no son utópicas. Son reales. Son nuestras Hermandades. Tal como yo las conozco. Así viven, o tratan de adaptar su vida, las Hermandades de mi barrio y las de la Madrugada. Con las que llevo conviviendo muchos años, a cuyos hombres conozco como a mí mismo y cuya entrega para sus Hermandades me consta. Y nadie entrega parte de su vida a aquello en lo que no tiene fe.

Los componentes de estas Hermandades estamos dispersos, entre todos los estamentos sociales y laborales de la ciudad; donde podemos estar influyendo, aun sin saberlo, en el comportamiento de los que nos rodean. Este papel evangelizador de nuestras Hermandades, que es tanto como su cooperación para extender los efectos de la Redención, es algo digno de tenerse en cuenta. Pero, o no se valora, o se ignora.

Hay quien cree que hablamos mucho de cofradías. A nadie le amarga un dulce. Pedro tampoco quería bajar del Monte Tabor. Además, las cofradías son cultos públicos, de gran importancia, a los que, sin querer, devaluamos hablando más de lo accesorio que de lo principal.

Sin embargo, existe una cofradía que está procesionando todo el año por Sevilla, y que sólo la conocen, aquellos que viven durante él, la vida de Hermandad, porque es más espiritual que real.

Su Cruz de Guía, tiene por árbol la Giralda y, por brazos, el curso sinuoso de nuestro río. Clavada en ella, un Cristo: el de la Fe. Que está pidiendo que desclavemos sus manos, para abrazar contra su pecho a toda Sevilla. Le siguen



millones de hermanos que nos precedieron en la fe.

A estos hermanos en la fe, les sigue el paso de palio, no por error, sino porque en esta desconocida cofradía es así. Sus respiraderos están labrados sobre los afanes de sus hermanos, para mejorar su vida. Tiene sólo cuatro varales, tres de ellos llevan por nombre, Fe, Esperanza y Caridad. Y, el cuarto se llama Hermandad porque, dentro de ella, han tratado de vivirse y desarrollarse esas virtudes. No tiene bambalinas ni techo, que para tal fin presta Sevilla su cielo, al que sólo puede mejorar, si es que lo mejora, el del Paraíso.

Sobre rica peana construida con la pureza de intenciones de sus hermanos va María. La Madre de Jesús. La de las bodas de Caná. La que, al pie de la Cruz, recibió el testamento de su Hijo. La Mediadora. Tras Ella, vamos todos los que tememos perdernos y sabemos que, siguiéndola, tenemos la firme esperanza de llegar a su Hijo.

Tras una pausa, aparece el paso de Cristo. Las pesadas parihuelas están construidas con el dolor de las renunciadas y de las aceptadas humillaciones de sus hermanos. La canastilla ha sido labrada sobre la noble madera de la comprensión y de la caridad. El pedregoso monte se ha formado con las lascas de nuestras promesas rotas. Y, entre ellas, florecen los rojos claveles del arrepentimiento, y los morados lirios de la aceptada penitencia. Sobre este monte, un Cristo sin Rostro.

Los hermanos que le preceden, al volver la cara para mirarle, ven en El, al del amigo que, con su mansedumbre, calma las iras. Al del que llora las tristezas del prójimo como suyas propias, o el de aquel otro hermano que pacifica las discordias. Así, poco a poco, entre toda la Hermandad, va conformándose el Rostro de Cristo. ¡Ya tiene nombre! Es el Cristo de las Bienaventuranzas. Lo rodean un grupo de hermanos que además de tener un número en nuestros censos, ya tienen ganado un puesto en el Reino. Porque, sin dar importancia a sus actos, están viviendo el Sermón de la Montaña.

Este es el rostro de Cristo, que representa las Hermandades de Sevilla a todos los que las miran con amor.



LAS COFRADÍAS DE LAS HERMANDADES DE SEVILLA

Nuestras iglesias y capillas, que han sido durante el año el crisol donde se ha fundido la vida espiritual de la Hermandad, se abren en los días de la Semana Santa, para dar salida a esas explosiones de luz, de religiosidad y de arte que son nuestras cofradías.

Luz del nazareno, continuación de aquella otra, que encendieron sus padrinos en bautismo como símbolo de fe. Religiosidad, como expresión de esa fe, y arte, como representación plástica de esas vivencias.

Para mí, es así de sencillo el fenómeno religioso de nuestras cofradías. Nunca he creído necesario saber, ni lo he intentado, si tienen su origen en simbolismos míticos o de otro tipo. Cualquier nazareno de Sevilla sabe que cuando sale a la calle, para hacer su Estación de penitencia, acompañando las imágenes de su devoción, va presentando al pueblo fiel un pasaje de la Pasión y Muerte del Redentor.

Las Hermandades salen a la calle con sus cofradías, en cumplimiento de sus Reglas, para ciar culto público a sus titulares. Culto que es una verdadera catequesis de la historia de la Redención. Posiblemente, de seguir, así las cosas, tal vez serán el único catecismo que tendrán ocasión de ojear muchos de los niños que contemplan el paso de nuestras procesiones.

Me resisto a llamarles desfiles procesionales porque las cofradías, con todos los defectos que quieran buscarles, que yo no le encuentro ninguno, son verdaderos instrumentos de evangelización. Casi tan importante como la predicación en los cultos, pues en este caso es audiovisual, lo que ha dado lugar



en múltiples ocasiones, a la llamada súbita a la fe o a avivar los rescoldos de un antiguo corazón ardiente.

Nazarenos con túnicas de diversos colores, con capas o sin ellas. Con uniformes de banda o con costal; que éstos también son nazarenos de Sevilla, todos van haciendo penitencia. Que penitencia es salir acompañando a las imágenes de su devoción y no verlas en todo el recorrido de la cofradía; que penitencia es ahorrar de un salario para sacar la papeleta de sitio y andar durante horas, dando pública manifestación de su fe; y penitencias es tener que tascar el freno de la lengua para no gritar delante de tu paso de palio, todo lo que entre lágrimas y suspiros rebosa de tu corazón. Y, desde luego penitencia no es llevar las caras largas, el gesto triste, la frente encenizada, teniendo el corazón cerrado a la misericordia.

Durante toda la semana, Sevilla es la Jerusalén de Occidente. Sus calles rebosan de un público expectante, que vive espiritualmente esa conmemoración, convencido de que juega en ella un papel importante. Los grupos se mueven de esquina en esquina, esperando el paso del cortejo. Pero aquí, el Cristo no es el reo que va a ser ajusticiado. El pueblo conoce que ese pasaje de la Pasión terminó con el Cristo que ellos saben resucitado. De ahí, que recen silenciosos ante El, y aclamen con piropos, a la Madre del Redentor.

A las Hermandades también se les pide que presenten en sus Cofradías el rostro de Cristo. Pero durante estos días, es muy difícil que puedan hacerlo. Porque el verdadero rostro de Cristo, que son nuestros hermanos, nuestro prójimo, ha querido ocultarse tras el antifaz o bajo las trabajaderas, para mostrar los de los Cristos de su devoción.

¡Tienes tantos Cristos Sevilla! Que sería preciso tener por lengua, las gubias que los tallaron para poder describirlos. ¡Pero! ¿qué digo? Ya no sois obra del artista que os talló porque, para, cada uno de vuestros devotos sois la encarnación del Cristo único del Cielo.

Sin embargo, ¡Señor! Quisiste mostrarme tu rostro, separado de su cuerpo, en tres momentos de tu Pasión. En el de tu gran poder, en el de tus humillantes caídas y en el del dulce sueño de tu muerte:

¡Señor! ¿Tanto cargamos tu Cruz, al no querer coger las nuestras, que



quebrantamos el poder de Tu cuerpo? Cuando pases por las calles de Sevilla, ¡Señor de Sevilla!, infúndele con la valentía de tu paso, la fe en su destino. Danos fuerzas para llevar nuestra cruz de cada día o, al menos, para ser tus Cirineo.

¡Ay, mi Santísimo Cristo de las Tres Caídas! ¿Tanto te hemos humillado con las nuestras, que destrozamos el Tuyo? Señor, yo lo he visto renacer de la gubia del imaginero. Talla Tú mi alma, transformándome en un hombre nuevo, y junto conmigo a Tu Hermandad y a todas las de la Ciudad.

¡Oh Señor! Levanta el espíritu de Sevilla. Derrama sobre ella y tu barrio de Triana, todo el fuego de tu amor. Porque, contando con él, viviremos en esa única Hermandad que te pido formemos todos los sevillanos.

¡Santísimo Cristo de la Buena Muerte! Treinta años sin acompañarte, por estar junto a tu Madre y, cuando volví a Ti, no pude vete. Pero Tú me hablaste. Porque cuando volvía los ojos para buscarte, notaba en mi corazón el dolor de Tu ausencia.

¡Oh Señor! ¡No dejes que Sevilla se nos muera! ¡Que es la tierra de Tu Madre! Vuelvo a Ti, mi Señor de las Tres Caídas, porque recuerdo que cierto día dijiste a tus Apóstoles que la casa de Tu Padre tiene muchas moradas. Ahí sí que te reclamo una para los cofrades de Sevilla. Si no la mejor, sí la que tenga los más amplios ventanales, desde donde poder ver bien la gloria de Tu Madre.

Porque, ¡Señor!, yo la vi subir, desde la Campana al Cielo, un Viernes Santo de madrugada. No como nos la presentan los pintores. Sino sobre la nube de plata que es su paso de palio. Las velas iluminando su cara. Adornada con rosas y claveles, como se adornan las mujeres sevillanas. Llevadas sobre los pies, al son de campanilleros, como sólo saben hacerlo los costaleros de Sevilla. Entre los clamores, rezos y llantos de todos sus hijos.

Como todo lo que sale del corazón, estas expresiones de nuestra religiosidad popular no pueden ser pecado mortal, porque yo aquella madrugada, creí que ya estaba en la gloria.

Pero eso sí, estas cosas no deben repetirse, porque podrían estallar muchos corazones. Como está a punto de hacerlo el mío, por no saber decirle piropos a las Vírgenes de Sevilla. ¡Ni siquiera a mi Esperanza de Triana! De la que



sólo puedo deciros, queriéndola con toda mi alma, que veo en su cara la de la hija que no he tenido, la de mi esposa, o la de mi madre, que estará con Ella en el cielo.

Si decir estas cosas es un disparate, pido vuestra absolución. Pero, si creéis que todas las confidencias salidas de mi corazón, pueden llamarse Pregón, desde este momento usaré el honroso título de Pregonero de la Semana Santa de Sevilla.

He dicho.



